

Francisco... Vienes de casa de Fonteroy... luego tienes dinero.

—Querido, tus maneras me desagradan—dijo Juana empujando la puerta... Vete afuera un poco á ver si me...

En este momento oyó un ruido que la hizo rodearse indignada, y vió á Darnot que había corrido el espejo y cogía el sobre de los billetes. No tuvo valor para ponerse á luchar con aquel hombre y se echó á llorar como una niña, la cabeza sobre los brazos y estos apoyados en su mesatocador.

—¿No te dá vergüenza mentir así?—preguntó Darnot apaciguado y sentencioso como un profesor. —Como después de lo que yo he hecho por ti, por vosotros, me destierras á una habitación de criada, con este calor, al lado de la Coco y de su desagradable cervecería..., no conoces mis necesidades... Apenas te dignas reconocerme en la escalera... y cuando tienes ocasión de prestarme un servicio, un ligero servicio, me lo niegas como si yo fuera ese inútil de Francisco.

Juana continuaba llorando sin responder. El no insistió, sabiendo que, como de ordinario, aquello pasaría solo. Salió, cerró la puerta, bajó la escalera y por un corredor oculto en el piso bajo pasó á su cuarto de la cervecería, un cuarto pequeño y bajo de techo, amueblado con lo más preciso, y que daba á un patio sombrío. Cuando entró, la Coco le esperaba leyendo á la luz de una bujía un paquete de folletines que, arrollados, solía atar con una cuerda.

Reconoció los pasos de su inquilino y sin levantar la cabeza le preguntó:

—No has ido lejos... ¿Está ya hecho?...

Marcos hizo un gesto significativo y dijo:

—He aquí el dinero...

Entonces se tomó ella el trabajo de mirarle, mostrando á la luz su cara gruesa, sus ojos brillantes y sus falsos cabellos. Tomó un billete con su mano redonda y mugrienta, cuyos dedos parecían pequeños chorizos.

—Ya estoy pagada... Un minuto. Mis llaves están en la cocina...

Se levantó con agilidad, á pesar de su gordura y alzó las negras mangas de su blusa, lo que era en ella un signo de satisfacción. Tenía unos brazos velludos, de luchador. Entre sus parroquianos se ponderaban sus fuerzas. Se contaba que un día en una zarracina había estrangulado á un hombre.

Cuando volvió con una botella y dos vasos, encontró á Darnot de pie reflexionando ante la ventana que daba al patio, al mismo patio á que daba la del cuarto tocador de Juana.

La Coco se echó á reír mostrando sus dientes dañados.

—Siempre enamorado... Un buen mozo como tu... Tu no sabes hacerte obedecer.

—Con esa—dijo él alzando las espaldas—no se, es verdad... Pero hablemos de cosas serias. ¿Has ido á casa de la madre Levertat?

—Esta tarde precisamente.

—¿Y qué?

—Pues... A tu salud, mozo mío... Conoce los hoteles de Fonteroy, el del conde y el del duque, pues ha ido á ellos con frecuencia á ofrecer sus chucherías. Eran aquellos señores sus clientes, y de los buenos... Ha hablado con los criados. Que

hay allí dinero escondido por largo, principalmente en el hotel del hijo, lo sabe todo el mundo. Pero dónde está guardado, eso ya es más difícil de averiguar.

Darnot insistió friamente:

—¿Y podrá enviarte á tí allá con un surtido de curiosidades que ofrecer, tu amiga? Tu eres más astuta que ella y podrás adquirir noticias.

—¡Adquirir noticias yo!... Eso se dice pronto. Yo no conozco á esos Fonteroy. Me harán esperar, después no me dejarán sola, me vigilarán. Ya he hecho eso que tu quieres en casas ricas, pero cuando era joven y bonita, y gustaba á los amos mi compañía. Ahora con este aspecto de hipopótamo se guardarán de mí. El mundo se ha vuelto desconfiado.

—Pues es el único medio que tenemos de informarnos.

—¡Hombre, y la señora de ahí,... la que... tu amiga, en fin... no podría?...

Darnot movió la cabeza. Tenía demasiadas razones para suponer que Juana no estaba aun en punto.

La robusta Coco tenía un puño sobre la botella. Admiraba á Darnot, su seducción, sus buenas maneras y su sangre fría. Desde que habitaba en su casa era uno de sus placeres hablar con su buen mozo, como ella decía, que no se acobardaba nunca y que le inspiraba confianza. Acerca del asunto de que hablaban ahora creyó conveniente ponerle en guardia.

—Tu eres demasiado atrevido y acelerado. Desconfía. Un negocio como ese no se plantea en cinco minutos. Cuando la que me precedió en esta

cervecería, una mujer á quien llamaban *El soldado*, dió el golpe á Barthe de Richeville cogiendo setenta y cinco billetes, había trabajado durante seis meses. Había tomado sus precauciones. Yo misma... un día... ya te contaré...

Darnot apagó la luz diciendo:

—No hay aquí grandes cortinas y es lástima que nos vean hacer las sombras chinescas... Continúa. — Su silueta decidida se destacaba tan neta-mente sobre la noche que llegaba, que Coco se impresionó, á pesar de su costumbre de verla.

—No, hoy no... Aun no está bastante lejos... Después una se enreda y se descubre... Pero te citaré una de mis compañeras, Luisa, la que tiene una cicatriz en la frente...

—¿Qué?

—Esa vendía guantes. Trabajaba... Fué maravilloso aquello... Con un individuo que ella conocía hizo una mala jugada de ese género en casa de unos señores de Saint-Mandé... Se apresuraron. No se habían tomado bien los informes. Las gentes habían vuelto del campo. Fué preciso cerrar la boca á uno que alborotaba... El compañero fué cogido, cantó y Luisa ha pasado cinco años en presidio... ¡Ah, y gracias á su abogado!

—Está bien... Se pasará sin vosotras... Por otra parte eso es ridículo—murmuró Darnot impaciente.

Como Coco iba á dejarle, llevándose su botella y sus vasos, él, bajando la voz y cogiéndola por un brazo, la dijo:

—Debo prevenirte una cosa. Tu me pareces una buena mujer y por eso te hablo como á un compañero. Pero si alguna vez se te ocurre contar esto, acuérdate, no esperaré al día siguiente, querida, para darte pasaporte para el otro mundo...

Y por librarse de oír protestas, se cerró bruscamente en su cuarto.

*
**

El doctor acababa de salir, dejando á Saverne solo con Mariana Froncín, sentada al pie del lecho. No había ya nada que hacer.

Era la hora del crepúsculo de un día de junio claro y alegre. La puerta que comunicaba con el taller estaba cerrada. La ventana se hallaba abierta para que el enfermo pudiera respirar un poco. Su cara pegada á la almohada estaba extremadamente delgada. Su barba negra había crecido. Sus mejillas se habían pegado á los huesos. Sus ojos ensangrentados conservaban una fijeza dolorosa.

Saverne moría tuberculoso. Desde hacía un año, después de la muerte de Pedro Froncín, su salud venía siendo muy delicada. En los últimos dos meses se había agravado, y ahora se hallaba concluyendo. El conocía su situación, pero parecía resignado. Su arrogante materialismo y su cinismo sentimental habían desaparecido ya. Se había confesado la víspera y se arrepentía sinceramente de su perversión y de su maldad. Había escrito con lápiz, con mano temblorosa, una pequeña carta á María Montmelfan suplicándola que fuera á verle. Su deseo más ardiente era reconciliarla con Mariana y se impacientaba por que no acababa de llegar, imaginándose unas veces que llegaría demasiado tarde, y otras que no querría perdonarle su abandono. A cada diez minutos preguntaba con una voz débil y cascada: «¿Qué hora es?»

Mariana le había asistido hasta el fin con amor

y desinterés, pues no dejaba el enfermo más que deudas. La desaparición trágica de su marido había hecho de ella por el remordimiento tardío, otra muger. Sus rasgos duros se habían suavizado. Estaba hermosa y melancólica. Empleada en el «Nuevo París» á la salida del drama, había conseguido de Ursneur un permiso de un mes, y no se apartaba de Saverne.

Cuando oyó, por fin, la campanilla, Mariana salió de la habitación á recibir á la visitante. Un instante después las dos rivales estaban juntas al lado de su amante.

María no había dudado en ir; aunque se figuraba la impresión que había de hacerla aquel rostro antaño adorado y ahora deformado por la enfermedad. Una vez allí no pensó más que en disimular su terror y su sorpresa. Hasta sonreía. Le había sido necesario un año para olvidar, para cubrir de cenizas pacientemente, en su memoria ardorosa, el recuerdo de las caricias, de las tiernas palabras... y he aquí que un espectro horrible rasgaba ese velo, aparecía cruel ocupando el sitio de la querida imágen apenas borrada.

Un olor desabrido flotaba en el aire. Saverne se revolvió trabajosamente, tosió y limpió su boca con un pañuelo. Quería besar á María, y ella tuvo el valor de inclinarse hasta sentir sobre su frente aquellos labios ardientes.

—Mi querida María—comenzó el moribundo; después permaneció unos momentos callado, ordenando las palabras, llamando á si su voluntad medio desaparecida—Mi querida María, he pedido á V. este favor de venir para aproximarla á Mariana... antes que... yo...

Intentaba juntar sus manos, pero sus largos dedos descarnados estaban muy inhábiles. Ellas las juntaron, conociendo los deseos de él, y cuando las vió así, una al lado de la otra, como dos hermanas dominadas por la misma angustia, su cara se cubrió de sudor. Veía realizado su gran afán. Se dejó caer hacia atrás. Mariana y María comprendieron en aquel instante qué cerca está el odio del amor. Confrontando con sinceridad y por primera vez sus almas, descubrían una piedad idéntica, una miseria comun.

Saverne tuvo aun fuerza para murmurar: «Eso se olvidó... si... lo conozco. Os amo á las dos... Amaos en recuerdo mío.» Luego su mirada se apartó de ellas para vagar por la habitación y recoger un poco de luz antes de la noche. La campana de una iglesia lejana empezó á tocar dulcemente. Mariana y María estaban conmovidas.

Cuando María salió del hotel, al atardecer, deseosa de llorar libremente, un hombre se acercó á ella. Tan turbada estaba que no le reconoció hasta que la habló con voz conmovida y compasiva. Era Ignacio, que habiendo sabido la gravedad de Saverne y la visita de María, esperaba á esta desde hacía una hora para consolarla.

Ella no tuvo un instante de perplejidad.

—Lléveme V. á una iglesia, amigo mío, á rezar por Saverne que va á morir...

Llegaron á Nuestra Señora de las Victorias un poco antes que cerraran las puertas. El templo estaba obscuro, pues las innumerables velas colocadas por voto en el centro, ante el altar mayor en que se halla la Virgen, ardían sin dar claridad más que en las inmediaciones de aquel sitio, cerca del

cual se arrodilló la pecadora al lado de quien la amaba tan misericordiosamente que la había enseñado á rezar.

—Saverne no necesita más que el socorro celeste—dijo María á Ignacio cuando se incorporaron.—Pero Francisco y... Juana ¿cómo están?... Se dice que se hallan reducidos casi á la mendicidad. Yo sé su dirección. Haga V. lo necesario, se lo ruego, y dígame de qué modo discretamente puedo ayudarles.

Ante estas palabras, ante aquella acción, ante los ojos de María en que á través de las lágrimas se veía una iluminación profunda, Ignacio reconoció el poder infinito de Dios. Había tenido razón él en no desesperar nunca, á pesar de todo.

A la mañana siguiente á primera hora, tembloroso y dispuesto á todos los sacrificios, se dirigió á la calle de Pigalle. Hacía mucho tiempo, desde la fiesta de la plaza de Vendôme, que no veía á Francisco. Se preguntaba cómo sería recibido y si Juana y Darnot no le impedirían ver á su desgraciado cautivo. Pero las cosas se arreglaban en torno de él de una manera tan providencial, que no le importaba afrontar un mal recibimiento, intentar cualquier loca aventura, y se limitaba á repetir la divisa española: «Ya veremos...»

La casa, la portera, la escalera le impresionaron desagradablemente. No pensaba que el nuevo matrimonio Aubryet hubiera caído tan bajo en tan poco tiempo.

Francisco por casualidad se hallaba sólo. Su muger y el miserable á quien aun llamaba su secretario habían salido muy temprano á la caza de dinero. Se vivía así, al día, de combinaciones y

sablazos. Las generosidades de Fonteroy las absorbían antiguas deudas, de modo que jamás se tapaban todas las faltas. Y si se tapaban por veinticuatro horas, el juego, la prodigalidad de Juana, las raterías de Darnot y los proyectos quiméricos, volvían á hacerlas mayores á la mañana siguiente:

Ignacio comprendió todo esto desde que vió á Francisco lacio, con una bata azul, y adivinó el resto cuando oyó su voz sin timbre y sin color y estrechó su mano blanda, que como todo él revelaba una siniestra y precoz decrepitud. Quiso el pintor disimular su turbación bajo una jovialidad falsa, se escusó de su larga desaparición, atribuyéndola á un viaje, á sus trabajos, á una pequeña enfermedad. Francisco le dejó hablar sin prestar la menor atención á sus palabras, y cuando vió que había concluido dijo:

—Te vendes caro, viejo mío... Pero, ¡bah! eso no tiene importancia. Yo soy poco susceptible. Paso por alto todas esas cosas...

Pronunció estas palabras con una mueca, mostrando en comprobación sus muebles pobres y usados, el desorden que reinaba en la habitación, una máquina de coser posada de través sobre una mesa, ante un *buffet* desguarnecido.

En seguida hizo un gesto vago, como antaño antes de dejar á su primera muger, y añadió:

—Esto es un desastre completo...

—Justamente—indicó entonces Ignacio—venía á ponerme á tu disposición por si...

No pudo concluir por que el otro le interrumpió:

—Si tienes cinco luises... no son de despreciar... Pero son mil, tres mil los que yo necesitaría... Por supuesto, que yo no se que sería primero: si pro-

curármelos tu, ó cogérmelos esos... Si, ¿té acuerdas en España... lo que te dije de Darnot aquella noche que yo estaba tan disgustado con él?... Pues no ha hecho más que empeorar, querido... El es el amo aquí, completamente el amo... y si yo le pusiera á la puerta Juana marcharía con él tal vez... Todos se han aliado contra mí, la madre, los amigos... hasta Coco... ¡Ah, tu no conoces á Coco!... Pues bien, te felicito...

—¡Pero infeliz, sálvate tu!—exclamó Ignacio asombrado tanto de la actitud y resignación, como del lenguaje de su amigo. Y aproximándose al infortunado añadió:—Ya te dí este consejo en Córdoba y tu has sido tan débil que no le has seguido...

—Y lo soy ahora más, por que ya me casé... ¡Si tu supieras hasta donde he descendido... lo que yo tolero... lo que yo admito!... No he llegado todavía á confesarlo públicamente... á alabarme de ello... Pero no te apures, ya llegaré.

—Tu padre, tu madre, ¿no pueden arrancarte de aquí?

—Mamá hace todo lo que puede, la pobre. Vendería hasta su camisa por mí. Però no tiene nada. Papá... siempre igual: con tal que una obra suya se represente cien veces seguidas y se escriba de él: «Este diablo de hombre no deja nunca de estar verde...» así, *verde*, no necesita más.

Francisco acentuó esas palabras con una dolorosa ironía.

El pintor sacó de su cartera un par de billetes de cien francos, y los deslizó en los dedos indiferentes de su antiguo amigo, á quien dijo en descargo de su conciencia:

—¿Nó has intentado trabajar?

Esta pregunta hizo revivir á Francisco. Se incorporó, recogió su bata, y sus ojos brillaron un instante.

—¡Eres admirable, palabra de honor! ¡Trabajar!... ¿Y en qué? No se me ha enseñado nunca nada. Apenas sé ortografía. Me equivoco en las sumas si son de más de tres números... Quise meterme en un negocio de minas en Granada, y salí tan lucido como sabes... Intenté otro de automóviles en París... y fué Darnot quien tuvo los beneficios... ¿Me crées sin ocupación? Desde la mañana á la noche estoy batallando con el carnicero, con el panadero, con la modista, con el tendero, con mi sastre, con todos los gremios. Ellos desean cobrar, naturalmente, y yo no puedo pagarles... Se me ha aconsejado que me dedique al periodismo... ¿Para qué me querrían en un periódico?... Me admitirían por ser hijo de mi padre... pero eso duraría dos días, por que al tercero verían lo estúpido que soy y me echarían á la calle... ¿Empleado en una casa de banca, en un ministerio, secretario de una Legación?... No podría yo, no sé... Hay que empezar de más joven.

Agotado por tantas exclamaciones, se quedó silencioso suspirando. Ignacio conoció que estaba inquieto, acaso con miedo de ser sorprendido en su compañía por Juana ó Darnot, y levantó la sesión con esta promesa:

—Está bién. Ya te enviaré alguien más elocuente... y más eficaz que yo... No te dejaré hundirte así...

Esperaba Ignacio una palabra afectuosa, un movimiento de gratitud. Pero Aubryet no hizo nada por retenerle, no le dió las gracias siquiera, continuó como embrutecido en su butaca.

Después, cuando el español hubo salido, se levantó, pasó á su habitación, examinó el tiempo que hacía, escogió una corbata, un traje claro, un par de zapatos de charol, y se vistió sin prisa, reflexionando.

Luego que estuvo en disposición de salir, y una vez en la calle, cambió sin duda de pensamiento, y empezó á andar deprisa, como si hubiera tomado alguna determinación.

Los cuatro mil francos de Juana habían sido absorvidos por las deudas y el juego en una sola noche, y aun tenía necesidad absoluta de tres mil más, que no veía quien pudiera procurarle, como no fuera su madre, acudiendo á las reservas de su tía. Pero no se le ocultaba que la empresa era difícil también por este lado, pues las peticiones repetidas asustaban á Clotilde Aubryet, que ya le había negado dinero varias veces.

—La conquistaré por el enternecimiento—pensaba—me echaré á sus pies. Detesta á la Verneuil, y la prometeré no volver á recibirla.

Cuando llegó al portal de la casa, calle de Saint-Honoré, la empresa le pareció de nuevo difícil, y empezó á subir las escaleras una á una, maldiciendo su casamiento y su destino, combinando diversas farsas que se destruían unas á otras á medida que las forjaba.

La criada salía cuando él iba á llamar. Era una joven jovial y despierta, que al verle exclamó:

—¡Muy bien! La señorita está sola y el señor le hará compañía mientras yo voy á hacer algunas compras. La señora no tardará en volver.

Sin responder, Francisco entró, atravesó el recibidor, el salón y el comedor, y llegó á la habitación

de su tía, á cuya puerta llamó, entrando seguidamente. Enriqueta se sobresaltó. Estaba sentada ante una mesa baja, mirando las láminas de un grueso libro que no leía. Reconoció á su sobrino y le ofreció su frente amarilla y encintada, sin sonreír. La pieza, muy pequeña, olía como de estar cerrada.

Francisco preguntó:

—¿Estás bien, querida tía?...

Al mismo tiempo se fijaba en que el armario de luna estaba entreabierto. Sabía que la avara guardaba allí sus paquetes de oro y que de hora en hora contaba las piezas, antes de lavarse las manos, según una costumbre precisa y callada.

Entonces un pensamiento criminal germinó en su imaginación, fija en el ritmo de un antiguo reloj que representaba un parque, y marcaba el tiempo á la señorita Enriqueta; un pensamiento criminal que Francisco sentía arraigar en sí mismo con fuerza irresistible. Temiendo ser adivinado por la maniática bajó la cabeza:

—¿Sabes que esto es gracioso?... ¿Qué és eso que guardas?... Enseñame el título... *Nansen en el Groenland*... ¡Ah, siempre aficionada á los viajes!..

—¿Cómo va ese señor Darnot?—preguntó Enriqueta con los ojos muy abiertos.

Tenía, sin saber porque, un miedo terrible al bandido, y aunque no mostraba interés por nadie, exageraba el que parecía inspirarla aquel, aparentando ocuparse mucho de su salud, aunque él no estuviera presente.

Esta pregunta estremeció á Francisco. La influencia de Darnot flotaba en torno de él. Quiso reír y tartamudeó:

—Gracias por él, querida tía, está bien.. Dime, ¿no podrías prestarme algo de dinero que me hace mucha falta?

—No tengo, no tengo dinero aquí...— contestó la vieja aterrorizada, con un movimiento de retroceso. Y su mirada se volvía hacia el armario que había olvidado cerrar.

—¿Y ahí dentro?— insistió el buen sobrino avanzando.

Comprendió Francisco que había que obrar con rapidéz y precisión. Al mismo tiempo que apoyaba una mano en la espalda de su tía para forzarla á estar sentada, con la otra acabó de abrir la hoja del armario y cogió un paquete tan grande, que ni con la fuerza de su avidéz, podía sacarle.

Una cartera de cuero cayó al suelo. Al mismo tiempo un grito ahogado, una lamentación de pesadilla salió de la garganta de Enriqueta. Francisco no osó mirar á su tía ni recoger aquel objeto, grueso y lleno de promesas. Su corazón palpitaba más fuertemente que la péndola del reloj.

Intentó hacer un chiste:

—Es que quiero hacer tus cuentas para evitarte ese trabajo...

Un envoltorio se le escapaba de los dedos, y como le faltaba el equilibrio, inclinado como se hallaba hacia la vieja, tuvo que dejar que el armario se cerrara por atender á aquella. Pero tal contrariedad le hizo olvidarse de su misma tía, de suerte que esta pudo ponerse de pié rápidamente, los ojos á la altura de los de él. Francisco los vió dilatados, llenos de odio y de espanto. Enriqueta había recobrado la respiración que casi había llegado á perder. Sus labios secos temblaban.

—¡Devuélvemelo, miserable.... devuélvemelo en seguida!...

El trató de escapar brutalmente, pero Enriqueta le había cogido de las muñecas y le apretaba con una fuerza extraordinaria, resistiendo á sus tirones. Por fin haciendo un esfuerzo desesperado pudo desprenderse y quiso huir.

Entonces ella empezó á gritar con una voz aguda tan penetrante, que debía oirse desde el piso superior. Francisco no pensó más que en marchar con los paquetes de dinero entre sus dedos crispados, elevándolos sobre la cabeza. La vieja saltaba á quitárselos, como un perro al que hacen desear azúcar, y no cesaba de aullar.

Otra voz que pronunciaba su nombre con una inflexión desesperada, acabó de enloquecer á Francisco.

Su madre le sorprendía de aquél modo, en medio de su robo. Con una precipitación de niño tiró el dinero sobre una mesa y murmuró:

—Era una broma. Tía no lo ha comprendido... Ha creído que yo la robaba...

Pero se interrumpió al verse llevado atropelladamente á la habitación de al lado por una mujer fuera de sí, furiosa, que le rugió cuando estuvieron solos:

—¡Desgraciado, he ahí á que has descendido, á donde se te ha llevado!... ¡Tú no eres mi hijo!... Eres un bandido... ¿Qué voy á decir yo á tu tía? ¿Cómo explicarla?...

Ya no pensaba más que en salvarle. El tomó su cara huraña entre las manos diciéndola:

—¡Qué quieres!... Es preciso pagar. Las deudas del juego no admiten espera... y tú me negabas dinero...

—¡Pero si yo no tengo un céntimo, pobre hijo mío! Ya conoces mi situación. Se me acusa de secuestrar á mi hermana para coger su herencia, y tú das fundamento á esa calumnia... Figúrate que cuenta esto que ha ocurrido... que la han oido gritar los vecinos...

—Dirás que sufría una de sus crisis... Después de todo, es un estorbo, ese tipo que nos dejaría morir á todos de hambre, teniendo su armario lleno... Pero te repito que soy hombre perdido si no llevo esos tres mil francos.

—¿Y dónde están?

—Yo no sé... se me cayeron al suelo... ó sobre la mesa... Cuando tu llegaste me acobardé por completo... ¡Oh, quisiera meterme una bala por la frentel...

Asustada ante el aspecto y el acento doloroso de su hijo, Clotilde pareció reflexionar...

—Necesitabas dirigirte á mí... Estate aquí... Ya vuelvo... Déjame ver...

Entró furtivamente en el cuarto de su hermana. Francisco la oía hablar á ésta dulcemente, procurando calmarla, y la vió recoger los objetos que habían caído y cerrarlos con llave en el armario... Enriqueta se apaciguaba poco á poco, sollozando, limpiándose con un pañuelo, gimiendo y pronunciando recriminaciones confusas... Después se oyó ruido de agua que caía en una cubeta. La maniática se había lavado las manos. Luego todo quedó en silencio. Clotilde reapareció.

—Toma... En este momento soy tu cómplice... Mi debilidad es abominable... pero no repitas jamás lo que acabas... sí..., en fin, tu vida ante todo.

Le entregó los paquetes de oro, en tanto que